

Un encuentro intelectual: los argentinos conocen y estudian al Africa y a los afroargentinos

María Elena Vela
Universidad de Buenos Aires

Presentación

Hoy existen en América Latina instituciones académicas, asociaciones inter-nacionales (ALADAA, 1976) y proyectos auspiciados por UNESCO (La ruta del esclavo; Historia del Atlántico Sur, siglos XIX-XX) que producen, estimulan e intercambian conocimientos sobre el Africa subsahariana y los afroamericanos. Este desarrollo es típicamente contemporáneo y, en general, coincide con el despertar de los pueblos colonizados y la descolonización de décadas recientes.

Sin embargo, en la Argentina del siglo XIX – y con toda probabilidad también en otros países del área – se sentaron precedentes y se consolidaron mitos que influyeron sobre los rasgos que caracterizarían localmente a ese conocimiento.

En efecto, hubo entonces una cantidad de reflexiones y escritos de diversa índole, producidos por viajeros, legisladores, ensayistas, literatos, historiadores y periodistas, que fueron creando un “conocimiento social” (PERROT Y PREISWERK, 1979) respecto de los afroargentinos y el Africa subsahariana, que a su vez influyó en el estilo y la calidad de esas reflexiones así como en las posiciones político-institucionales que nuestro país adoptó posteriormente.

Este trabajo constará de dos partes: en la primera se sugerirá una cronología tentativa sobre los inicios, intermitencias y alternancias de los dos aspectos de ese conocimiento (el de los afroargentinos y el del Africa subsahariana) en el siglo XIX y la primera mitad del XX. En la siguiente se tratarán sus desarrollos y transformaciones en consonancia con los cambios político-institucionales y los progresos de las actividades académicas y de la reflexión metodológica en la segunda mitad del siglo XX.

Altibajos y alternancias cronológicas

En la primera mitad del siglo XIX, los argentinos estaban tan inmersos en los acuciantes asuntos locales – lograr la independencia, superar las luchas entre unitarios y federales, instaurar la organización nacional – que sólo podían preocuparse por los habitantes de origen africano en la medida en que éstos participarían en la construcción del país independiente. Era entonces impensable cualquier distracción hacia otros objetivos, como sería el del conocimiento de la historia, la cultura y la problemática del Africa subsahariana de la que aquéllos procedían.

Así pues, teniendo en cuenta su número – alrededor de un 30 por ciento de la población de Buenos Aires (GOLDBERG 1976); un 45 por ciento de la del Interior (LUNA, 2000) – y sus posibilidades de incorporación a los ejércitos nacionales en sus luchas contra los españoles, para lograr la independencia, y contra los indios, para ampliar las fronteras

(SALES DE BOHIGAS, 1970), la legislación del nuevo país se ocupaba repetidamente de ellos. Las primeras medidas estuvieron destinadas a impedir la continuación del tráfico de esclavos – y por tanto, la llegada e internación de nuevos contingentes – y a conceder a los ya instalados la libertad de vientres y una liberación progresiva y pautada por servicios prestados al país (CLEMENTI, 1976). Más allá de lo significativo que esto fuera como opción en favor del abolicionismo y el liberalismo, se pensaba que de este modo el nuevo gobierno se aseguraría la lealtad y el apoyo público y privado de los descendientes de africanos. Y de hecho los obtuvo, puesto que, por ejemplo, las hazañas del negro Falucho y del coronel Barcala les valieron, hasta nuestros días, un lugar en la galería de los héroes nacionales.

Sin embargo, a pesar de los honores y el reconocimiento logrados por algunos afroargentinos, la opinión pública no les era unánimemente favorable. En parte, porque a pesar de ser libres, los afroargentinos no podían impedir que la Iglesia, la Justicia, la Policía y una buena parte de sus contemporáneos blancos juzgaran con severidad sus costumbres y hábitos cotidianos, y les aplicaran duros castigos por sus “punibles” acciones. Pero sobre todo, porque entre 1830 y 1852, cuando la figura de Juan Manuel de Rosas dominó la escena política del país, una gran parte de los afroargentinos se había enrolado en sus filas. Los antirrosistas contemporáneos los convirtieron en objetos diletos de sus violentas diatribas contra “el tirano” y se regodearon describiendo el primitivismo y la bufonería de sus expresiones de adhesión política (RAMOS MEJÍA, 1952). Entonces crecieron y se consolidaron muchos de los estereotipos negativos que influyeron sobre la producción intelectual de ese siglo (ETCHART, 1994) y que, aun atenuados, siguen presentes en el imaginario local.

En la segunda mitad del siglo XIX, el número de los afroargentinos fue disminuyendo notablemente. En las últimas décadas, apenas constituían un dos por ciento de la población de Buenos Aires, pero eso no había producido cambios en el conocimiento social respecto de ellos. Al contrario: se había vuelto aún más prejuiciado y agresivo, en la medida en que encontraba justificaciones, supuestamente “científicas”, en el positivismo racista, tan elocuentemente representado en nuestro país, entre otros brillantes intelectuales contemporáneos, por el socialista José Ingenieros (INGENIEROS, s/f).

Sin embargo, en esa época los negros eran ya ciudadanos plenos, con todos los derechos reconocidos por la Constitución nacional (1853-60). También algunos eran argentinos de vieja cepa, orgullosos de sus antepasados, que habían luchado por el país, recibido honores y constituido “dinastías” de respetables empleados al servicio del Estado. Pero no estaban tranquilos: se sentían amenazados no sólo por los prejuicios sino también por la oleada de inmigración blanca, de origen europeo, y sumergidos en la dicotomía entre “civilización y barbarie”, explícita en escritos, declaraciones y acciones político-institucionales que propiciaban esa migración. Quizás a esos temores se debiera en parte el desinterés de los afroargentinos por la suerte del África subsahariana, el antiguo hogar de sus antepasados.

En efecto: en esos años, los europeos se estaban repartiendo el África negra (Congreso de Berlín, 1884-85), acelerando la conquista de ese espacio y colonizando tierras y hombres. Entre los negros de toda América se levantaban voces de protesta y se iniciaban

movimientos de solidaridad con los despojados del otro lado del Atlántico. Así, Sylvester Williams, un abogado negro de Trinidad, asesoraba la defensa jurídica de los jefes africanos que habían perdido tierras y derechos por obra de los administradores blancos y, en Estados Unidos, W.E. Burghart du Bois producía los primeros escritos panafricanistas mientras apoyaba las reivindicaciones antidiscriminatorias de sus coterráneos.

Por el contrario, los afroargentinos parecían poco atentos a esas inquietudes. Es verdad que existen muy escasos testimonios directos que justificarían esa suposición, pero al menos se ha podido consultar uno de ellos. Se trata de un pequeño libro llamado *Beneméritos de mi estirpe*, escrito por Miguel Ford y publicado en La Plata en 1898. El joven autor reunió allí una serie de biografías no estrictamente controladas, sobre algunos de sus más destacados integrantes de la comunidad afroargentina. Esta obra figura hoy en casi todas las bibliografías de los trabajos históricos que se refieren a los argentinos de origen africano, pero nadie se atreve a jurar que ha logrado leerla hasta el final. Eso se debe a su estilo pomposo y culterano y al abuso de referencias a la cultura europea así como a su intención hagiográfica y reivindicatoria.

En cierto modo, son más interesantes los dos florones que preceden a la obra misma. Uno, de cinco páginas, tiene título propio: “La redención de una raza” y fue escrito por Augusto Marcó del Pont; el otro, más breve, es obra del propio Ford. En ambos trabajos, los autores se esfuerzan por demostrar su conocimiento de las más difundidas corrientes y tendencias del pensamiento occidental de esa época y la justeza de sus interpretaciones sobre la problemática africana.

En el primero, Marcó del Pont concuerda con la teoría del origen único de razas, responsabiliza a Las Casas por la migración forzosa y la esclavización de los africanos y expone su propuesta: “antes de desaparecer de la esfera moral del mundo” el africano, esclavizado por su debilidad, debería huir de estas tierras e iniciar su “retorno al Africa”. Así se restablecería “el equilibrio entre las razas”, y el africano, fortalecido, recuperaría patria, libertad y familia. Sólo entonces podría recibir a las otras razas como amigas, ya no como invasoras; realizaría “su propia Redención” y podría gobernarse a sí mismo “como los imperialistas de la Abisinia o como los republicanos de Haití”. Las biografías incluidas en el libro contribuirían a la realización de este proyecto, brindando a los negros argentinos “estimulantes ejemplos que fortalecerán su espíritu en las luchas de las artes y de los campos de batalla”.

En el segundo, Ford no sólo no alude al “retorno al Africa” como posible solución para el conflicto racial en América y la recuperación de los valores africanos, sino que también se muestra interesado por los movimientos reivindicativos que conmovían a una parte de la comunidad afroamericana. Se presenta como “sólo una mente joven”, admiradora de los “grandes ideales”, que pretende “perpetuar la memoria de tanto hombre activo e inteligente que ha poseído nuestra raza en las riberas del Plata”. También aspiraba a “remover el indiferentismo” de su comunidad y mostrar cómo esos afroargentinos “entran a contribuir con sus naturales dotes al concierto grandioso de la civilización de los mundos”.

Aunque organizaban su reflexión desde puntos de partida diferentes, en realidad ambos buscaban la integración del Africa, sus habitantes y sus descendientes extracontinentales al

mismo universo de ideas y valores forjado por la civilización occidental y blanca cuya superioridad respecto de las “culturas (y comunidades) primitivas” admitían plenamente. Por eso el primero hablaba de una necesaria “redención” de los negros por la lucha para recuperar el continente perdido y el segundo, de la necesidad de que el negro, jaqueado localmente por su inferioridad numérica, social y económica demostrara individualmente hasta qué punto participaba de esa civilización y encarnaba esos valores, que en esencia no eran cuestión de “color” sino de educación y talento.

Para ellos, los nuevos inmigrantes que amenazaban sus fuentes de trabajo y eventualmente los desplazaban a situaciones marginales eran blancos pero no portadores de esa civilización: no hablaban bien el idioma, entre ellos predominaban los analfabetos, tenían costumbres y hábitos groseros y no eran ciudadanos. Pero era inútil: los afroargentinos parecían sumergidos por la marea de la inmigración y se estaba creando otro mito que todavía subsiste y que – como los anteriores – sólo será vencido por la historia: el de la Argentina civilizada y *blanca* (VELA, 1999).

Con el nuevo siglo, el Africa negra también comenzó a formar parte del conocimiento social del país. Por un lado, la generalización del sistema educativo nacional, gratuito y obligatorio favoreció el acceso a la educación secundaria de una parte importante de los jóvenes argentinos, que allí estudiaban “Historia antigua” y “Geografía de Asia y Africa” (VELA, 1995). Tanto la antigua civilización egipcia como las posesiones europeas en Africa se volvieron familiares para quienes, en las primeras décadas del siglo, todavía consultaban casi exclusivamente libros de texto traducidos del francés. Pero para esos jóvenes, quizá fueran más significativos que el mero aprendizaje escolar, los conocimientos adquiridos en los relatos y descripciones de viajeros y exploradores europeos y norteamericanos así como en la literatura de ficción que se inspiraba en ellos.

Por otro lado, los sectores ilustrados y acomodados de la sociedad, lo mismo que los grandes e influyentes periódicos de ese momento – *La Prensa*, *La Nación* – comenzaban a interesarse por las civilizaciones africanas, gracias a la influencia de las nuevas tendencias intelectuales, culturales y artísticas que predominaban en Europa. Estas habían puesto de moda la pasión por el “exotismo”, que se traducía en el afán de explorar “nuevas” regiones, conocer “nuevas” culturas y descubrir talentos inéditos. El Africa subsahariana fue incluida en los “nuevos” espacios, de modo que algunos argentinos participaban en los safaris, atesoraban bibliografías especializadas y coleccionaban obras de arte; otros estudiaban hombres y culturas y elaboraban ensayos antropológicos y etnográficos (VALIENTE NOAILLES, s/f) y otros, todavía, descubrían talentos ignorados – y, según ellos, muy superiores a los admirados por París – en un modesto y desconocido pintor africano que vendía sus creaciones “a precio vil” en las calles de Buenos Aires (*La Nación*, 28-10-1929).

Tanto *La Nación* como *La Prensa* se hacían eco de estas tendencias publicando en sus suplementos culturales no sólo los relatos y comentarios de viajeros argentinos y extranjeros sino también artículos de investigadores y publicistas de fama internacional. Así, por ejemplo, *La Nación* (18-3-1930) reproducía en su *Revista semanal*, un trabajo de Leo Frobenius, el conocido etnólogo alemán, titulado “Un rey y su corte”. En éste, los argentinos descubrirían el poderío del reino de Monomotapa en la época de la llegada de los portugueses a las costas mozambiqueñas así como la existencia de otros reinos contemporáneos en el Africa subsahariana.

En cambio, no dedicaban el mismo interés – ni tanto espacio – a los acontecimientos político-institucionales que afectaban a aquella región. Por ejemplo, Africa meridional sólo se convirtió en noticia para *La Prensa*, durante el desarrollo de la guerra anglo-boer (1900-1902). El 14 de enero de 1901, se publicó en sus páginas una nota especial y destacada – aunque sin firma – titulada “La guerra anglo-boer. Situación actual”. Incluía un mapa, pero el texto se centraba en las dificultades de los ingleses para dominar la situación. Al día siguiente, se informaba que los ingleses habían recibido un ofrecimiento de apoyo de unos “100 000 negros” de las “tribus de los zulús, swazis, basuto, matabeles y barotses”. Sin embargo, el artículo señalaba que los ingleses no lo habían aceptado porque habían decidido respetar el principio (instaurado durante la guerra hispano-norteamericana) de que “los blancos no deben combatir jamás con la ayuda de los negros” .

A su vez, la marina, otro grupo de peso en la sociedad local, descubrió aún más tardíamente su vocación sudatlántica y la vecindad del Africa negra. Eso se debió, en parte, a que durante la primera mitad del siglo XIX, sólo se habían experimentado peligros y rechazos provenientes del otro lado del Atlántico Sur: invasiones inglesas (1806-7); invasión inglesa de las islas Malvinas y expulsión del gobernador Vernet (1831). Tanto era así, que sólo se recuperó el exitoso antecedente del viaje de circunvalación realizado en 1819 por la fragata *Argentina* (al mando de Hipólito Bouchard) y nació una seria preocupación por cuestiones geológicas, geográficas y marítimas de ese espacio cuando se planteó la disputa por la soberanía sobre Malvinas y otras islas del Atlántico Sur, ya en pleno siglo XX.

Pero aún entonces la vinculación de la Argentina con el Atlántico Norte siguió siendo prioritaria, tanto por razones económicas como políticas y de prestigio. Hasta tal punto esto era así, que una simple ojeada a los itinerarios de los viajes de instrucción de los futuros marinos argentinos entre 1895 y 1971, muestra que de los 97 viajes realizados en ese lapso, sólo 16 tocaron algún punto del Africa subsahariana y que, además, a partir de 1952 ninguno de esos barcos atracó en algún puerto de la región (*Viajes de la Sarmiento*, sf).

Si bien estos datos estadísticos señalan implacablemente que a pesar de su largo litoral enfrentado a la costa africana y de su proximidad con ella, la Argentina tenía escaso interés por el Atlántico Sur, también se podría decir que, en cierta medida, la marina también contribuía a ampliar el conocimiento social de nuestro país sobre el Africa negra, aunque eso no tenía relación directa con su objetivo específico.

En efecto: ya fuera por necesidades de aprovisionamiento, por huracanes imprevistos o por errores de las cartas marinas, a veces se imponían escalas, cambios de itinerario u observaciones que contribuían a estrechar las relaciones entre las dos orillas. Ese fue el caso cuando las observaciones de los marinos de la famosa fragata *Sarmiento* sobre los vientos de la región del Cabo y los ciclones del Atlántico Sur contribuyeron a modificar las cartas marinas, y ocurrió lo mismo cuando sus experiencias de navegación facilitaron la tarea de otros navegantes. A las necesidades de escalas y aprovisionamiento se debió la instalación de consulados en San Vicente, Dakar, ciudad del Cabo, Durban y Natal y, por cambios de ruta, se visitaron y conocieron las islas de Santa Elena, Mozambique y Zanzíbar. En 1927 se establecieron “cordiales y perdurables relaciones” con la Unión

Sudafricana, con la idea de intensificar el intercambio comercial y crear una línea de navegación directa entre Buenos Aires y el Cabo.

Fuera de esto, que se basa en la información oficial, la marina supo, además, encontrar un “escrība” en el capellán Bertoni Flores. Este hombre de iglesia encontró tiempo durante el viaje de instrucción de 1928-9, para escribir un libro llamado *Cielo y tierra* que lamentablemente hoy ha desaparecido de las bibliotecas y archivos de la propia institución. Gracias a unas pocas páginas reproducidas textualmente en *Viajes...* (s/f) podemos rescatar el bucólico entusiasmo con el que describió la Durban que conoció en esos años. Lo deleitaron sus hermosos caminos, bosques, plantaciones y cultivos; le despertaron admiración las viviendas de sus habitantes, escalonadas “en las faldas de los valles” y entre las que se distinguían “las chozas de paja y barro de los indios”, que eran circulares, de aquéllas de los caciques o jefes de familia, que eran cuadradas o cuadrangulares, y apreció elogiosamente el desarrollo de esa población: “*Estos nativos son los que han llegado más cerca de la civilización y se aplican, aunque muy perezosamente a algunas faenas del campo*” (*Op. cit.*, 352. El subrayado es nuestro).

El capellán demostraría menos entusiasmo con Zanzíbar – una escala relativamente imprevista, marcada por la visita al sultán; la ceremonia de danzas indígenas con las que éste los recibiera y las tribus wahlis con sus caciques, que encontrarían en las afueras de la ciudad. Pero parece francamente disgustado por la representación de una “ngoma”, ceremonia de música y danza ofrecida en honor de los visitantes por un jefe suahili. Creemos que la explicación de esta actitud es obvia, aunque no figura en las páginas citadas: seguramente estaba convencido de que estos africanos eran demasiado primitivos para merecer mayores comentarios.

Si admitimos que, en el mejor de los casos, en esos años los hombres de la marina (y aparentemente también los del clero) todavía compartían la e la filosofía racista del “concierto de la civilización de los mundos” – en palabras de Ford – y se sentían partícipes de una civilización superior contrapuesta a la “barbarie” del primitivismo (SARMIENTO, 1915), no nos asombrarán los juicios del capellán ni el escaso interés de los marinos por el Africa negra. Esta se convertía en una preocupación importante de la armada sólo cuando se instalaba en el primer plano de la política nacional el tema de la recuperación de las Malvinas y ella misma adquiría un papel protagónico. Entonces se impulsaban investigaciones y estudios geográficos, geológicos, hidrográficos e históricos que permitirían avalar con información científica las pretensiones argentinas. Así se logró un notable progreso en el conocimiento de los vínculos intercontinentales, pero ese saber no logró incorporarse decididamente como aproximación comprensiva entre los pueblos de las dos orillas.

2. El salto cuantitativo y cualitativo y las promesas del siglo XX

En la segunda mitad del siglo XX, cuando se aceleró el proceso de descolonización de Africa y Asia, hubo un extraordinario desarrollo cuantitativo y cualitativo de los estudios, investigaciones y ensayos dedicados a los pueblos, países y regiones africanos y asiáticos. Ese desarrollo contribuyó a transformar y ampliar las concepciones teóricas que constituían las bases del conocimiento social de Occidente y los argentinos no permanecieron al margen de esa renovación.

Pero a diferencia de la etapa anterior, cuando el conocimiento social era prisionero de opciones impuestas “desde arriba” el movimiento cambió de dirección y, en cierto modo se movió “desde abajo hacia arriba” y “de Africa hacia los afro-argentinos”.

Al poner “desde abajo” estamos diciendo que el interés por el conocimiento de un mundo y un mapa transformados después de la Segunda guerra mundial y la descolonización no nació por presión de ninguna necesidad político-institucional sino que, al contrario, provino de una búsqueda de información y explicaciones que no brindaban las instituciones, agrupaciones y medios políticos tradicionales. Esas informaciones y respuestas, satisfactorias o no, se encontraron en periódicos, conferencias y reuniones. Pero sobre todo, en un despliegue de publicaciones de nuevas y viejas editoriales que ponían al alcance de un público ávido tanto las traducciones de libros, revistas y colecciones académicas y de divulgación elaboradas en el exterior como las producciones de autores argentinos. Estaba naciendo un nuevo tipo de conocimiento social, no ligado necesariamente a opciones impuestas y aceptadas acriticamente. Al agregar “hacia arriba” estamos indicando que hubo intentos político-institucionales, muchas veces inconexos y malogrados, de aceptar ese desafío y estimular la generación de nuevos conocimientos y de relaciones más solidarias con los nuevos países.

En el caso del Africa subsahariana, esos esfuerzos se concentraron preferentemente en tres ámbitos: las universidades nacionales, el CONICET y la Cancillería.

En las *universidades nacionales*, autónomas y con libertad para determinar planes y contenidos curriculares, desde comienzos de la década de 1960 y hasta los primeros años de la siguiente, pudieron incluirse en algunas cátedras de Historia, Economía, Derecho y Ciencias Sociales, temas y problemas del nuevo panorama mundial. Fue una época de activa comunicación, intercambio y producción intelectual en los medios universitarios aunque siempre entrecortados por las repetidas e intempestivas intro-misiones y persecuciones de las fuerzas armadas.

En 1983 al restablecerse el gobierno civil, las universidades recuperaron su autonomía. En algunas de ellas se crearon cátedras específicamente dedicadas al conocimiento de los nuevos países de Asia y Africa; se incorporaron los nuevos contenidos en las cátedras tradicionales – a veces rebautizadas –, y se crearon centros ad-hoc para generar investigaciones. De este último tipo habían sido los efímeros y sucesivos institutos “del Tercer Mundo” creados por la Universidad de Buenos Aires (hasta que los militares golpistas se cebaron con su destrucción) y sigue siéndolo la Sección Interdisciplinaria de Estudios de Asia y Africa – también creada por la UBA –, sede hasta hace poco del “Proyecto Atlántico”, investigación a la que se había dotado con un modesto subsidio.

En el Ministerio de Educación de la Nación – encargado de autorizar el funcionamiento de las Universidades públicas y privadas del país – fue imposible obtener información reciente y documentada sobre la cantidad de esas instituciones que hoy existen y funcionan. Sin embargo, se nos comunicó verbalmente que habrían recibido autorización permanente o precaria para funcionar unas treinta universidades nacionales y cien privadas. Lamentablemente, nuestra informante no sabía cuántas de ellas brindarían conocimientos específicos sobre Africa.

Conocemos personalmente cuatro universidades nacionales (Buenos Aires, Rosario, Córdoba, Luján) y una privada (Morón), donde existen y funcionan cátedras de Historia de Asia y Africa contemporáneas; sabemos (ANGLARILL, 1983; GALLARDO, 1985; VELA, 1995) que desde 1968 existía en la Universidad del Salvador (privada) una cátedra de Historia Moderna de Asia y Africa desempeñada por distintos profesores y que en 1975 se había creado un Instituto de Asia y Africa; también, que en la Universidad de Belgrano se aborda la temática africana en los cursos de Relaciones Exteriores.

Sin embargo, debemos señalar que sólo en las universidades nacionales el esfuerzo ha tenido suficiente constancia y permanencia como para mostrar los frutos que hoy se expresan en la formación de jóvenes futuros investigadores. En las universidades nacionales de La Plata y Rosario, los Institutos de Relaciones Exteriores realizan tareas de enseñanza e investigación sobre las relaciones entre Argentina y Africa y los resultados se publican en revistas especializadas.

El *Conicet* – organismo central que genera y apoya la investigación superior en nuestro país – no ha cejado en su intento de seguir estimulando la ampliación y jerarquización del conocimiento y la investigación sobre Africa. Por eso mismo, a pesar de los recortes presupuestarios, sigue apoyando a los investigadores que se ocupan de las relaciones entre Argentina y el Africa subsahariana en los siglos XIX y XX, abordando, por ejemplo, las relaciones políticas, diplomáticas, económicas y tecnológicas (Gladys Lechini) o los intercambios de hombres y culturas (Marisa Pineau).

Por fin, la *Cancillería*, que depende del Poder Ejecutivo, tiene capacidad para elaborar un determinado proyecto de política exterior y llevarlo a ejecución, siempre que cuente con la aprobación del Presidente. Más que cualquiera de las otras dos instituciones, que gozan de una relativa autonomía, la Cancillería ha sufrido directamente el efecto de las erráticas políticas de los gobiernos que se han sucedido desde 1960 hasta ahora y de la falta de un proyecto consecuente y factible para desarrollar las relaciones con el Africa subsahariana. Con una sola excepción: salvo en un breve periodo del gobierno de Alfonsín, (LECHINI, 1996) la Argentina fue siempre un país próximo – no sólo geográficamente – y amistoso con Sudáfrica.

Como vimos en la primera parte, en las décadas iniciales del siglo XX, la Argentina ya había instalado en Sudáfrica varios consulados (*Viajes... s/f*), en parte por exigencias de la navegación y en parte porque además de inmigrantes boer asentados en la Patagonia, existía un promisorio intercambio comercial y cierta coincidencia político-ideológica entre los gobiernos “blancos y occidentalizados” de los dos países del Atlántico Sur.

Esa situación cambió bruscamente en 1986, cuando el presidente Alfonsín rompió relaciones con Sudáfrica para presionar contra el apartheid y en favor de la independencia de Namibia (VELA, 1988; LECHINI, 1996; ANGLARILL, 1992). El embajador sudafricano abandonó Buenos Aires, pero un encargado de negocios asumió la responsabilidad de los intercambios comerciales y éstos prosiguieron sin inconvenientes. El gobierno de Menem restableció la situación anterior: reabrió la embajada argentina en Sudáfrica y estrechó aun más la vinculación económica y política con visitas y gestos de

amistad: el canciller Di Tella asistió a la asunción de Mandela; Mandela visitó Buenos Aires; Menem viajó a Sudáfrica; escritores sudafricanos fueron recibidos en Buenos Aires y así sucesivamente. Pero más importante que todo eso fue el fortalecimiento de las relaciones comerciales y la iniciación del intercambio tecnológico entre ambos países. Hasta mediados de la década pasada, Sudáfrica seguía siendo el principal socio comercial de la Argentina en el continente africano (LECHINI, 1996).

Por el contrario, las relaciones con el resto del Africa negra se han caracterizado por la discontinuidad y la inexistencia de una política definida. En el momento mismo de las independencias, el presidente Frondizi pensó en establecer relaciones con los nuevos países y con ese fin envió al embajador Llamazares al frente de una misión (LLAMAZARES, 1962) que regresó a la Argentina cuando ya Frondizi había sido destituido por un golpe militar. Tiempo después, otra ominosa dictadura militar (1976-1983) retornó la idea de las misiones, pero la guerra de Malvinas arrastró esas intenciones al mismo tiempo que a los derrotados golpistas.

Dante Caputo, el canciller de Alfonsín, hizo una gira por varios países de la costa occidental; rompió relaciones con Sudáfrica y abrió varias embajadas en países africanos que a su vez, alojaron las suyas en Buenos Aires. Pero se puede admitir con Gladys Lechini (1996) que el único resultado positivo de las distintas estrategias ensayadas por los responsables de la política exterior argentina desde 1960 hasta 1990 fue la creación, en el Africa subsahariana, de una red de embajadas y la obtención de votos favorables en organismos internacionales (LECHINI, 1996). Menem cambió totalmente el sentido de estas acciones: inició la era de las relaciones bilaterales; desmanteló la red de embajadas; reorganizó los intercambios comerciales y los orientó casi exclusivamente hacia los países africanos más fuertes y obtuvo una balanza comercial favorable para Argentina.

En conclusión, aunque podría atribuirse a la constante inestabilidad política de nuestro país la inexistencia de una política exterior para el Africa negra, es nuestra opinión que, sin olvidar los efectos negativos de esos golpes de timón, las razones profundas de ese déficit se vinculan más bien con la persistencia de la tradicional vinculación económica, política e ideológica de la Argentina con los países del Atlántico Norte; con su autoasunción como nación “blanca y civilizada” y con los conocidos y redundantes estereotipos de esa imagen respecto del Africa y sus habitantes (VELA, 1999).

Bibliografía

- ANDREWS, GEOGE REID 1998 *Los afroargentinos de Buenos Aires*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- ANGLARILL, NILDA B. 1983 “Estudios africanos en Argentina. Estado actual de la investigación en el tema” (ponencia) Tercer Congreso Internacional de ALADAA, R. de Janeiro.
- ANGLARILL, NILDA B. 1992 *La política exterior argentina para Africa : desde 1960 hasta nuestros días*. Buenos Aires.
- ANGLARILL, NILDA B. 1995 “Que pense l’Argentine de l’Afrique?” en M’BOKOLO, ELIKIA (dir.) *L’Afrique entre l’Europe et l’Amérique*. París, UNESCO.
- BAGU, SERGIO 1952 *Estructura social de la colonia*. Buenos Aires.

- BENAROS, LEÓN 1970 “Negros en Buenos Aires” en *Todo es Historia*, 40.
- CEJAS, MÓNICA y MIRTA PIERONI 1993 “Un aporte al conocimiento del papel de la mujer en el ámbito de las naciones afro-argentinas de Buenos Aires a mediados del siglo pasado”, *Américas Negras*, Bogotá.
- CHAMOSA, OSCAR 1995 *Asociaciones africanas de Buenos Aires, 1823-1880*. Tesis de licenciatura, inédita.
- CLEMENTI, HEBE 1974 *La abolición de la esclavitud en América Latina*. Buenos Aires, Editorial La Pleyade.
- CRESPI, LILIANA 1996 “Islas de Fernando Poó y Annabón. Dos intentos de presencia española en Africa a fines del siglo XVIII” *A dimensao Atlântica da Africa*. Río de Janeiro.
- ESTRADA, MARCOS de 1979 *Argentinos de origen africano*. Buenos Aires, Eudeba.
- ETCHART, MARÍA ELISA 1994 *El imaginario del negro en la literatura argentina. Prosa y verso. Siglo XIX*. Tesis de licenciatura inédita
- FORD, MIGUEL 1898 *Beneméritos de mi stirpe*. La Plata, Imprenta de la Escuela de Artes y Oficio.
- FRIGERIO, ALEJANDRO 1989 “Capoeira: de arte negra a esporte branco”. *RBCS*, vol.10, nº 4.
- FRIGERIO, ALEJANDRO 1991 “La umbanda no es una religión de ignorantes y mediocres: estrategias ante la estigmatización de las religiones brasileñas en Buenos Aires”. *Revista de antropología*, 10.
- FRIGERIO, ALEJANDRO 1993 “De la umbanda al africanismo: identificación étnica nacional en las religiones afrobrasileñas en Argentina”. *Revista de Antropología*, 13.
- FROBENIUS, LEO 1930 “Un rey y su corte”, *Revista Semanal, La Nación*, Buenos Aires, 12 de enero.
- GALLARDO, JORGE E. 1985 “Estudios sobre Africa” en *Evolución de las ciencias en la República Argentina*. tomo. X, *Antropología*. Buenos Aires, CAEA.
- GOLDBERG, MARTA B. 1976 “La población negra y mulata de la ciudad de Buenos Aires, 1810-1840”. *Desarrollo económico*, 16.
- GOLDBERG, MARTA B. 1995 “Los negros de Buenos Aires” en L.M. Martínez Montiel (comp.) *Presencia africana en Sudamérica*, México, Consejo Nacional para la Cultura.
- GOLDBERG, MARTA y SILVIA MALLO 1994 “La población africana de Buenos Aires t su camoaña. Formas de vida y subsistencia (1750-1850). *Temas de Africa y Asia*, 2. Facultad de filosofía y Letras, UBA.
- GOLDBERG, MARTA y SILVIA MALLO 1997 “Enfermedades y mornegromulata rioplatense”. *Congreso de ALADAA*, Cartagena de Indias.
- INGEGNIEROS, JOSÉ s/f *Italia en la ciencia y en el arte*. Valencia/Madrid, F. Sempere y Compañía, ed.
- LECHINI de ALVAREZ, GLADYS 1996 “Argentina y el espacio sudatlántico. Las relaciones argentino-africanas”. *II RIHA*, 307-325.
- LLAMAZARES, JUAN 1962 *Informe de la misión a Africa y Cercano Oriente. marzo-mayo, 1962*.
- SIN AUTOR. *Los viajes de la Sarmiento. Reseña histórica de los cruces por todos los mares de la fragata-escuela y de la evolución de la marina de guerra argentina* 2ªed.s/f Buenos Aires, Ediciones argentinas Azevedo y Cía.
- MALLO, SILVIA 1993 “Esclavos y libres en la ciudad y la campaña rioplatense. Formas de vida y subsistencia”. *Temas de Africa y Asia*, 2.

- MALLO, SILVIA 1997 "Población afroargentina. Del peculio al patrimonio y a la propiedad", en *Actas del XII Congreso de Arqueología*. La Plata, Facultad de Ciencias Naturales.
- MALLO, SILVIA 1998 "De trampas, libertades y frustraciones. El proceso de liberación de los esclavos". Primer encuentro Africa-América Latina, Buenos Aires.
- MALLO, SILVIA 1998 "Criados , domésticos y esclavos en el ámbito familiar. Relaciones interétnicas en el Río de la Plata. La transición del siglo XVIII al XIX". Jornadas Internacionales de Etnohistoria. Jujuy.
- MALLO, SILVIA 1999 "Negros y mulatos rioplatenses viviendo en libertad". Simposio Internacional "La ruta del esclavo". San José de Costa Rica.
- MARCO DEL PONT, AUGUSTO 1898 "La redención de una raza" en FORD, M. *Beneméritos de mi stirpe*. La Plata, 1898.
- PERROT, D. y ROY PREISWERK 1979 *Etnocentrismo e historia*. América indígena, Africa y Asia en la visión distorsionada de la cultura occidental. México, Nueva Imagen.
- PICOTTI C. DINA V. 1998 *La presencia africana en nuestra identidad*. Buenos Aires, Ed. Del Sol.
- RAMOS MEJIA, JOSÉ MARÍA 1952 *Rosas y su tiempo*. Buenos Aires, Editorial O.C.E.S.A, 3 vol.
- RODRIGUEZ MOLAS, RICARDO 1977 "El negro en el Río de la Plata", *Polémica*, 2.
- SARMIENTO, DOMINGO F. 1915 *Conflicto y armonía de las razas en América*. Buenos Aires, La cultura argentina.
- SALES DE BOHIGAS, NURIA 1970 "Esclavos y reclutas en Sudamérica, 1816-1826" en *Revista de Historia de América*, 70, julio-diciembre (México).
- STUDER,, ELENA F. SCHEUSS DE 1958 *La trata de negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII*. Buenos Aires.
- VELA, MARÍA ELENA 1989 "La posición argentina ante la futura independencia de Namibia". *Seminario Internacional*, La Habana.
- VELA, MARÍA ELENA 1995 "¿Qué sabían y qué pensaban sobre Africa y Asia algunos egresados argentinos en 1992?", *Temas de Africa y Asia*, 4.
- VELA, MARÍA ELENA 1999 "Los afroamericanos en el imaginario de algunos intelectuales argentinos en el siglo XIX". *III Reunión Internacional "La ruta del esclavo"*. Puerto Rico.